



LOS ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN RUSA

# EL TREN DE LENIN

CATHERINE MERRIDALE

CRÍTICA

CATHERINE MERRIDALE

# EL TREN DE LENIN

Los orígenes de la revolución rusa

Traducción castellana de  
Juan Rabasseda

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: enero de 2017

*El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa*  
Catherine Merridale

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Lenin on the train*

© Catherine Merridale, 2016

© de la traducción, Juan Rabasseda, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-16771-44-8  
Depósito legal: B. 24.808 - 2016  
Fotocomposición: gama, sl  
2017. Impreso y encuadernado en España por Black Print

# Índice

---

<i>Una nota sobre el texto</i> . . . . .	7
<i>Lista de ilustraciones</i> . . . . .	11
<i>Introducción</i> . . . . .	15
1. Fuerzas oscuras . . . . .	35
2. Mercados negros . . . . .	61
3. Lago rojo . . . . .	83
4. Cintas escarlatas . . . . .	107
5. Mapas y planes . . . . .	131
6. El tren sellado . . . . .	155
7. Falta de liderazgo . . . . .	177
8. Lenin en Laponia . . . . .	199
9. Desde la estación de Finlandia . . . . .	223
10. Oro . . . . .	247
11. Compañeros de viaje . . . . .	271
<i>Notas</i> . . . . .	295
<i>Otras lecturas recomendadas</i> . . . . .	325
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	331
<i>Índice analítico</i> . . . . .	333



# 1

---

## Fuerzas oscuras

Hoy ministro y mañana banquero; hoy banquero y mañana ministro. Un puñado de banqueros, que tiene el mundo entero en sus manos, está haciendo una fortuna con la guerra.

V. I. LENIN

En marzo de 1916, un oficial británico llamado Samuel Hoare puso rumbo a Rusia. La última cosa en la que pensaba era en socialismo revolucionario. Si alguien le hubiera preguntado, probablemente habría comentado que quería ser soldado —tras el estallido de la guerra con Alemania, había sido uno de los primeros en alistarse en el Norfolk Yeomanry—, pero su fragilidad física lo había hecho inútil para el servicio activo en combate. No obstante, a sus treinta y seis años, había sido reclutado por sir Mansfield Smith-Cumming, el legendario «C», para trabajar en los servicios secretos de inteligencia británicos en la capital rusa, Petrogrado.<sup>1</sup> Mientras otros coetáneos suyos luchaban en las trincheras, él se convirtió en un maestro del espionaje, la censura y la codificación. Es probable que también experimentara con disfraces. Su nuevo jefe era adicto a ellos, y los encargaba en la tienda de vestuario teatral que tenía William Berry Clarkson en el Soho, en Wardour Street.<sup>2</sup>

La misión que había sido asignada a Hoare era compleja. Debía averiguar si los aliados rusos de su país cumplían con el embargo comercial impuesto a Alemania durante la guerra. Los británicos tenían un interés particular en ello; esperaban entrar en el mercado ruso después de ganar la guerra. Mientras tanto, también temían que los lazos comerciales que quedaban entre Rusia y Alemania pudieran servir como tapadera de operaciones de espionaje y quizá de sabotaje. Como trabajaba con el azaroso Comité para las Restricciones de Suministros al Enemigo de Rusia, Hoare tendría que supervisar los sistemas de importación rusos, a sus comerciantes, sus mercados y cualquier queja relativa a posibles escaseces.<sup>3</sup> Su otra tarea consistiría en vigilar atenta y minuciosamente la labor de la misión de inteligencia británica en la capital rusa. Aunque pudiera parecer un asunto más propio de militares, se suponía que Hoare debía tener muy presente el lado comercial incluso en este trabajo. Como Frank Stagg, el encargado de la sección rusa en Londres, le explicó antes de su partida, «una empresa con un pie en Rusia» podía producir «información suficiente para servir una serie de platos tentadores no solo al gobierno británico, sino también a los grandes intereses financieros y comerciales de la City».<sup>4</sup>

Se trataba de un trabajo que exigía mucho tacto. Por una razón: los franceses eran los que realmente tenían experiencia con los rusos. Durante décadas, habían ido estableciéndose en la corte zarista en calidad de socios comerciales e inversores, árbitros de la moda y proveedores de champán. Los oficiales franceses tenían los mejores contactos en los servicios secretos rusos. En cierta medida, esta circunstancia resultaba de ayuda, pues Gran Bretaña y Francia eran aliadas, unidas la una a la otra y a Rusia por medio de un sistema de tratados denominado la Triple Entente, pero en 1916 el entendimiento entre estas potencias ya no era lo suficientemente bueno. Al fin y al cabo, cuando llegara el momento de que los exportadores británicos entrasen en un imperio zarista de posguerra, aquellos mismos franceses representarían la competencia.

En primer lugar, «C» tenía una serie de problemas en Rusia. Había habido tensiones desde un principio entre sus agentes y el coronel Alfred Knox, el agregado militar británico, y el oficial al que «C» había confiado inicialmente la cuestión rusa, el comandante Archibald

Campbell, había sido llamado de vuelta a Inglaterra tras recibir un sinfín de quejas.<sup>5</sup> Para colmo de colmos, el embajador, sir George Buchanan, era un hombre de la vieja escuela que siempre ponía buena cara al mal tiempo, es decir, era, en principio, un individuo al que no le gustaban en absoluto las operaciones encubiertas. «Han surgido dificultades», como decía Hoare, debido a «desencuentros entre los distintos departamentos en lo concerniente al lugar exacto en el que hay que colocar a los Servicios Secretos en la jerarquía oficial.»<sup>6</sup> La frase era un claro ejemplo del típico comedimiento británico. Como miembro de un Parlamento y en su calidad de barón, Hoare era el hombre perfecto para resolver los problemas.

El nuevo espía tuvo que arreglárselas para llegar a su destino. Hoare reservó un camarote en un vapor noruego llamado *Jupiter* que partió de Newcastle. Entre los pasajeros, acurrucados en medio de la niebla como un montón de aves exóticas, había un grupo de modistos franceses que se dirigían a Rusia con su séquito de modelos. El suyo era un negocio arriesgado, pues la ruta marítima constituía un imán para los submarinos germanos. Cuando el *Jupiter* dejó atrás el río Tyne, todo el mundo se puso a vigilar atentamente cualquier movimiento extraño que pudiera producirse entre las olas. Sin embargo, en esta ocasión, la travesía discurrió tranquilamente, y Hoare pudo desembarcar sano y salvo en el puerto de Bergen, entre los oficiales vestidos con uniformes grises y los hombres de negocios, entre los contrabandistas y las maniqués. Desde allí, el viaje continuó hasta llegar a Cristianía (Oslo), la capital de Noruega, para luego seguir en tren, en coche cama, hasta Estocolmo.

Hoare tuvo que atravesar los países escandinavos «de paisano ... ocultando mi espada en una caja de paraguas».<sup>7</sup> Como oficial al servicio de una potencia beligerante, habría podido ir a la cárcel si la policía lo hubiera cogido en un país neutral como Suecia. Al menos era así en teoría. De hecho, descubrió que Suecia estaba llena de espías, aunque parecía que este país solo se mostraba tolerante con los alemanes. Cuando efectuó una visita a sir Esmé Howard, el embajador británico en Estocolmo, Hoare tuvo conocimiento de la volatilidad con la que estaba actuando Suecia. La prohibición de comerciar con Alemania todo tipo de material relacionado con la guerra había su-

puesto un duro golpe; los alimentos y los puestos de trabajo se habían visto seriamente afectados cuando los barcos británicos comenzaron a reivindicar el derecho a controlar los cargamentos de las naves de los países neutrales al igual que las de los estados beligerantes. Los niños estaban quedándose sin medicamentos, los hombres de negocios sin sus cheques y los comerciantes sin mercados para su madera, su grano y su hierro. Buena parte de la élite dirigente sueca era partidaria de la idea de que se alcanzara un acuerdo, incluso una alianza, con Alemania.<sup>8</sup> El Báltico, al fin y al cabo, más que dividir a los dos países, los unía. Cuando se dejó caer por el Grand Hotel de Estocolmo, Hoare, tras colgar su abrigo de pieles en una percha, pudo entretenerse contemplando cómo aparecía inmediatamente un agente alemán para escudriñar en los bolsillos de la prenda.

Hoare tendría cada vez más necesidad de ese abrigo a medida que fuera adentrándose en el norte. Desde Estocolmo puso rumbo a la remota región sueca de Norrland, una zona prácticamente deshabitada que los cazadores sami compartían con los alces y con los zorros y osos árticos. Como había observado el escritor Arthur Ransome cuando tomó esa misma ruta, «la cosa promete ser interesante, pero fría».<sup>9</sup> Hoare era, sin embargo, diputado por Chelsea, e hizo todo el viaje en primera clase. «El viaje —escribiría— fue tranquilo y monótono. Llegado un punto, el tren no podía superar los ocho kilómetros por hora, y se daba mucho tiempo para adquirir excelentes platos de comida caliente en las estaciones en las que tenía parada.»<sup>10</sup> Una de esas paradas, a casi mil kilómetros al norte de Estocolmo, era un puerto en el golfo de Botnia, Luleå, cuyos muelles eran utilizados para cargar el hierro procedente de las minas de Kiruna y Gallivare. El otoño anterior, como bien sabía Hoare, el capitán Cromie, comandante de un submarino británico, había hundido frente a ese puerto un gran número de barcos suecos, todos ellos cargados de hierro —material prohibido por el bloqueo— con destino a Alemania, enviando al fondo del mar miles de toneladas de este metal.<sup>11</sup>

La región constituía un territorio peligroso para cualquier oficial británico, y Hoare estaba dirigiéndose a su centro habitado más recóndito. Ninguna guía u horario anterior a la guerra marcaría su itinerario, pues no fue hasta el verano de 1915 cuando llegó a la zona el



ferrocarril. Arthur Ransome, que viajó hasta Rusia cuando el tren seguía teniendo Karungi como fin de trayecto, recordaría que los últimos kilómetros en suelo sueco habían requerido desplazarse «en trineo en medio de la breve luz invernal, tumbado en el trineo, con el calor que proporcionaba el guía lapón que amablemente se sentó en mi estómago mientras recorríamos la pista de nieve y bajábamos por un río helado hasta Tornio, la localidad fronteriza finlandesa». <sup>12</sup> Quince meses después, Samuel Hoare podía respirar con relativa comodidad mientras su tren avanzaba subiendo entre paredes de nieve ennegrecida y se adivinaba la presencia de árboles entre el humo de la locomotora. Los últimos kilómetros se vieron marcados por la visión de un sinfín de cajas de madera, enormes montones de ellas en cada parada. Luego vinieron los trineos tirados por renos y los hombres canosos vestidos con abrigos de ciudad. Hoare había llegado a Haparanda, la ciudad fronteriza que controlaba la importantísima ruta terrestre que unía a Europa con Rusia, y más allá con Shanghái.

No se detuvo a contemplar el panorama. Habría podido explorar los pantanos helados, donde mercancías empaquetadas procedentes de Estados Unidos y de Gran Bretaña, Dinamarca, Francia y Suecia habían sido amontonadas en calles y patios improvisados, como si se tratara de una segunda ciudad. Habría podido dejarse caer por el bar local. En él, mientras observaba a los pescadores y a los conductores de trineo fuera de servicio, habría podido enterarse de diversas noticias de tres continentes a la vez. Unos meses más tarde, un político ruso llamado Pável Miliukov, que pasó por Haparanda en la dirección opuesta en su viaje oficial a Londres, tomó varias fotografías del sol de medianoche con su cámara Kodak. <sup>13</sup> Un activista revolucionario llamado Aleksandr Shlyapnikov, que cruzaba con tanta frecuencia la frontera que conocía todas las casas seguras existentes en un radio de varios kilómetros, quedaría extasiado ante la visión de la aurora boreal en el cielo de invierno. Pero lo que impresionó realmente a Hoare, un verdadero inglés de nacimiento, fue el clima: «Todo era de un blanco deslumbrante bajo el sol abrasador —recordaría—. La nieve estaba inmaculada, y los gorros blancos de piel de oveja de los soldados de la guarnición sueca parecían de color amarillo en medio de aquella luz rutilante». <sup>14</sup>

El puesto fronterizo ruso en Tornio resultaba sumamente inhóspito después de haber visitado Haparanda. La mayoría de los recién llegados pasaban mucho tiempo sentados en las cabañas utilizadas como puestos de control por la guardia fronteriza zarista. Hoare viajaba a Rusia por asuntos comerciales oficiales, y es muy probable que por allí anduviera algún agente clandestino de los servicios de inteligencia británicos, pero el nuevo espía de «C» no podía permitirse atraer la atención de nadie aprovechándose de su rango superior. Tras varios encuentros desafortunados, Arthur Ransome había aprendido a blandir una carta escrita en papel con ostentosos membretes en relieve, y aunque se trataba en realidad de un requerimiento de la Biblioteca de Londres solicitando la devolución de unos libros cuyo préstamo ya había expirado, la firma del bibliotecario, el Dr. Chales Theodore Hagberg Wright, era tan vistosa y llamativa que dejaba reducido al servilismo más empalagoso incluso al más severo de los burócratas.<sup>15</sup> Sin recursos como el de Ransome, los demás viajeros recordarian, en su mayoría, el interior de las construcciones fronterizas con cierto escalofrío. La espera de Hoare fue tan larga que un grupo de soldados rusos se puso a bailar, con la esperanza de conseguir unas cuantas monedas del público que los contemplaba. Pareció como si hubiera pasado toda una etapa de su vida antes de que los papeles fueran por fin sellados oficialmente, el equipaje vuelto a colocar torpemente en las maletas y Hoare pudiera subirse al tren finlandés con dirección al sur.<sup>16</sup>

La línea ferroviaria volvía a ser de una sola vía. El tren avanzaba lentamente, provocando mucha suciedad, pues desde el estallido de la guerra las locomotoras que hacían ese trayecto utilizaban madera en vez de carbón como combustible. Nubes de ceniza entraban en el interior del vagón por cualquier ventana que estuviera abierta. El vapor y un humo gris impedían que el pasaje pudiera admirar los famosos lagos de Finlandia. Los días cada vez eran más largos, pero ya había caído la noche cuando el tren de Hoare llegó por fin a la estación fronteriza de Beloostrov. Allí, cruzando a Rusia propiamente dicha desde la provincia imperial de Finlandia, Hoare tuvo que soportar otra tanda de control de documentos y una serie de preguntas totalmente incomprensibles. Tan aturdido y desconcertado como un campesino, el

británico llegó a la principal estación del norte de Petrogrado, la estación de Finlandia, a la medianoche. Los andenes y la sala de llegadas estaban apenas iluminados y prácticamente desiertos.<sup>17</sup> Por un momento Hoare fue presa del pánico, sobre todo debido al agotamiento, hasta que por fin divisó un uniforme británico que le resultaba familiar: era su chófer oficial. En pocos minutos, y con todo su equipaje debidamente cargado en el maletero, Samuel Hoare subió a un automóvil, de nuevo a salvo tras su breve contacto con la barbarie.

El coche no tardó en dejar atrás el barrio de clase trabajadora que se levantaba junto a la estación. Tras cruzar el río (ancho y aún medio helado), Hoare se dirigió hacia el distrito del palacio para alojarse en un hotel. Lo más aconsejable para un diplomático era evitar las calles en las que vivía y trabajaba la gente corriente. Esta sería una lección que iba a aprender durante los días siguientes junto con las reglas de etiqueta de la corte y lo difícil que resultaba encontrar una doncella de confianza. El diputado británico había llegado a Petrogrado, y estaba a punto de comenzar su labor para unos servicios de inteligencia británicos «nuevos, secretos y aún muy poco definidos».

En 1916, Petrogrado tenía más de dos millones de habitantes, una población que había aumentado desde el estallido de la guerra por la llegada en tropel de trabajadores emigrantes y refugiados.<sup>18</sup> Construida en el delta del río Nevá, la ciudad se prestó a las subdivisiones sociales. Los pobres solían vivir en barriadas de fábricas que habían ido creándose alrededor de las nuevas grandes empresas metalúrgicas y armamentísticas. Las calles situadas detrás de la estación de Finlandia conducían a patios estrechos con ventanas falsas, pues se trataba del distrito de Viborg, sede de la fábrica de maquinaria y metal Erikson, de la Nobel y la Nueva Lessner (ambas especializadas en armamento y explosivos), de la Antigua Sampson de hilados y tejidos y de varias grandes plantas industriales dedicadas al acero. Al sur del río, hacia el este, el distrito de Okhta contaba con una fábrica de explosivos gubernamental y otra para la producción de pólvora, y en el suroeste se alzaban las colosales instalaciones de la Putilov, empresa que daba empleo a decenas de miles de trabajadores, y cuya actividad

era la producción de vías ferroviarias y material rodante, así como piezas de artillería. Antes del estallido de la guerra, la industria ya se había convertido en una mina de oro para los especuladores, pero la construcción de viviendas destinadas a los hombres y mujeres necesarios para su funcionamiento no había resultado tan atractiva para los inversores.<sup>19</sup> A pesar de las penurias, sin embargo, continuaron llegando de las aldeas multitud de personas en busca de trabajo.

Los otros habitantes de Petrogrado, los que poseían un carruaje y ocupaban palcos en los teatros, residían en la franja meridional de la isla de Vasílievski, a lo largo de los muelles del lado de Petrogrado y en los mejores distritos próximos al Palacio de Invierno. Las casas altas situadas junto a los canales de la ciudad ofrecían espaciosos pisos en las primeras plantas para los más acomodados, aunque los sótanos y los áticos estaban disponibles, a un alquiler más bajo, para todo tipo de personas, desde individuos dedicados a actividades comerciales hasta escritores de poca monta. En general, sin embargo, la principal vía de contacto de la gente adinerada con el lado más crudo de la ciudad era la que constituían sus criados, chóferes y porteros. La espléndida Perspectiva Nevsky, la avenida más importante de Petrogrado, era un lugar que pisaba muy poco la gente humilde y sin derecho a voto. En épocas de turbulencias (y había estallado una revolución en 1905), el gobernador de la ciudad podía ordenar el levantamiento de los puentes, convirtiendo el Nevá en un enorme foso de seguridad y cortando las vías de comunicación con prácticamente todos los suburbios más conocidos. Era una pena que tuviera que haber una estación ferroviaria principal cerca de la Perspectiva Nevsky y realmente lamentable la visión de fábricas detrás de los palacios. Pero los elementos desestabilizadores siempre podían ser recluidos en las celdas de cárceles como la Fortaleza de Pedro y Pablo y la prisión de Kresty, dos edificaciones características de una ciudad portuaria deslumbrante.

La embajada británica ocupaba buena parte del palacio de Saltykov, edificación que también se conocía como el Muelle del Palacio n.º 4. Su ubicación era magnífica, pues bastaba un corto paseo junto a la orilla del río para llegar al Palacio de Invierno, y desde sus ventanas podía admirarse la Fortaleza de Pedro y Pablo con su esbelta torre dorada. La embajada «era un edificio enorme, espacioso y sin duda

confortable, pero en absoluto bonito», escribiría más tarde la hija del embajador, Meriel Buchanan.<sup>20</sup> Sus características más notables eran la gran escalinata y la sala de baile, cuyas ventanas daban al río. Pero las oficinas resultaban poco prácticas, y el edificio era compartido con una antigua princesa, Anna Sergeyevna Saltykova, que seguía residiendo en la parte trasera junto con sus criados y un locuaz loro ya muy viejo.<sup>21</sup>

Hoare necesitaría conocer pronto a sus hombres, pero la parte diplomática de su misión, la pacificación entre departamentos, requería una primera llamada al embajador. Sir George Buchanan había sido el hombre de Londres en Rusia desde 1910 y se había labrado una reputación como el diplomático más de fiar y experimentado en Petrogrado. Hoare no tardaría en sentirse atraído por su carisma. «Si tuviera que hacer un retrato de un embajador británico —recordaría el espía—, habría tenido que dibujar a sir George Buchanan. Distinguido, distante, más bien tímido en sus modales, y con esa apostura que tanto se estilaba hace veinte años.»<sup>22</sup> Robert Bruce Lockhart, que ayudaba a sir George desde una oficina en Moscú, tenía la misma opinión y comentaba que «su monóculo, sus facciones perfectamente marcadas y su espléndido cabello gris plata le daban un aire de actor representando el papel de un diplomático».<sup>23</sup> En *Ashenden*, la colección de relatos que escribió basándose en sus propias misiones de espionaje durante la guerra, Somerset Maugham convirtió a sir George Buchanan en sir Herbert Witherspoon y lo presentó presidiendo una cena como un barón en una de las grandes mansiones campestres de Inglaterra. Un visitante menos amable, sin embargo, recordaría una «frigidez que habría hecho que un escalofrío recorriera la espina dorsal de un oso polar».<sup>24</sup>

Es probable que Buchanan viera a los espías con malos ojos, pero estaba firmemente convencido de que Rusia debía seguir combatiendo para poder conseguir la victoria de los Aliados en la Gran Guerra.<sup>25</sup> Para asegurar la participación rusa, estaba dispuesto a cenar con prácticamente cualquier diablo enviado por Londres, y fue así como Hoare se convirtió en un invitado habitual de la embajada. Hoare era agasajado por lady Georgina, la esposa del embajador, por su hija Meriel y al menos por un gato siamés de muy mal carácter. También compar-



tía mesa con algunas de las estrellas de la diplomacia europea, como, por ejemplo, el embajador de Francia, Maurice Paléologue, y el de Italia, el marqués Andrea Carloti Di Ripabella. El de Estados Unidos, David Rowland Francis, anteponía sus partidas de póquer a los manteles y el vino de Burdeos de Buchanan, pero a pesar de ello seguía habiendo toda una serie de funcionarios británicos que podían resultar de gran ayuda para Hoare.<sup>26</sup> El lugar para encontrarlos era el departamento de cancillería situado en el primer rellano de la escalinata de la embajada. Allí, unos hombres jóvenes vestidos con trajes de estambre dedicaban muchísimas horas del día a mecanografiar, codificar o descifrar información. No había ni un secretario de origen ruso, pues la confidencialidad era importantísima, incluso entre países aliados. «Parecía —recordaría Lockhart— un servicio de mecanografía y telégrafos dirigido por licenciados de Eton.»<sup>27</sup>

Para ir al despacho de Hoare había que hacer una buena caminata por el Muelle del Palacio en dirección oeste. Se giraba a la derecha al llegar al Palacio de Invierno, un enorme complejo de mil quinientas habitaciones cuyo estuco había sido pintado de un triste color oscuro. Detrás de este colosal edificio, al otro lado de la plaza del Palacio, se extendía un conjunto de construcciones muy similares, también pintadas de color carne roja, sede de los principales departamentos gubernamentales, incluido el Estado Mayor General del Ejército. Allí, encajonada en uno de los pisos altos, se encontraba la oficina del Servicio de Inteligencia Militar de Gran Bretaña, cuyo establecimiento en la capital rusa fue posterior al de la de Francia, situada en la misma planta. Tal vez resultara conveniente, pero lo cierto es que no fue un lugar al que Hoare logró acostumbrarse: «Fiel al estilo ruso —comentaría con desagrado—, la fachada era lo mejor de aquel edificio. Detrás de donde se encontraba el Estado Mayor había una serie de patios malolientes y pasajes enfangados que dificultaban la entrada y eran nocivos para la salud».<sup>28</sup>

Pero Hoare no se encontraba en la capital rusa para admirar los palacios de Rastrelli. En cuanto se puso a trabajar en aquel cuarto falto de ventilación, tuvo que empezar a asimilar cuán diferente era Rusia. A pesar de su puritano origen británico, el gran ceremonial de la capital le resultaba sofocante. Menos mal que los suecos no habían dado

con su espada, pues se esperaba que la llevase al trabajo. Tuvo otra sorpresa poco grata cuando descubrió que los rusos carecían de unos servicios secretos unificados con los que poder colaborar. El Estado Mayor, el jefe de cada Grupo de Ejércitos y el ministro de la Marina tenían cada uno sus propios agentes de inteligencia, pero la competición entre ellos era tan feroz que nadie podía reservarse un poco de energía para cooperar con él. Había una red de espionaje más eficiente que dependía del Ministerio del Interior, y otra del Santo Sínodo, pero ni la una ni la otra estaban dispuestas a compartir su información con un extranjero. «Nadie hacía la guerra como la hacíamos nosotros», observaría el británico lleno de decepción. «Los de Londres ... proyectaron Whitehall en la plaza del Palacio de Invierno», pero el esfuerzo de guerra de Rusia era increíblemente caótico y muy impopular.<sup>29</sup>

Se habría enterado de muchas más cosas de haber prestado mayor atención a los que llevaban un tiempo trabajando en aquel cuarto encajonado que daba al Moika. Por aquel entonces, el jefe de inteligencia en funciones era el comandante Cudbert Thornhill, un veterano de la India, «bueno con el fusil, la catapulta, la escopeta y la cerbatana». <sup>30</sup> En el verano de 1916, sin embargo, cuando Hoare se puso personalmente al mando de la misión de inteligencia secreta británica, Thornhill fue nombrado agregado militar adjunto. Este traslado dejó, en teoría, a las órdenes de Hoare a un reducido grupo de individuos muy dedicados a su trabajo. Los tenientes Stephen Alley y Oswald Rayner hablaban ruso con fluidez y contaban con buenos contactos en la capital. El capitán Leo Steveni, colaborador de Thornhill, ayudaba a reunir información secreta de los campos de batalla, incluida la relacionada con la estrategia naval de Alemania.<sup>31</sup>

Los conflictos con el agregado militar, el coronel Alfred Knox, fueron inevitables desde un principio. En opinión de uno de los funcionarios de la embajada, Knox constituía, al fin y al cabo, el «verdadero nexo de unión [de Gran Bretaña] con el país». <sup>32</sup> Era una visión que el propio Knox compartía plenamente, pues siempre actuaba como si conociera Rusia mejor que toda la colonia británica junta. Como era originario de Úlster, sin embargo, estaba considerado inapropiado para ser destinado al cuartel general militar del zar, la Stavka, trabajo encomendado a un individuo sumamente incompe-

tente llamado sir John Hanbury-Williams.<sup>33</sup> La tensión podía mascarse, pero, a pesar de ello, ese grupo reducido de hombres había sido capaz de dejar a un lado sus diferencias durante un tiempo suficiente como para reunir muchísima información vital a lo largo de los meses anteriores a la llegada de Hoare, incluidos (afirmaría más tarde Steveni) los informes de inteligencia que habían permitido a los barcos británicos interceptar parte de la Flota de Alta Mar de Alemania junto al banco Dogger en 1915.<sup>34</sup>

Como descubriría Hoare, el resto de la colonia británica en Petrogrado tenía todas las características de un *college* de Oxford que sin darse cuenta se había visto desplazado. Había unos cuantos académicos y un grupo más locuaz de escritores, muchos de los cuales se ganaban la vida enviando artículos a la prensa británica. Arthur Ransome era uno de ellos, pero el más pintoresco era Harold Williams, lingüista, ensayista y corresponsal de tres periódicos, que había contraído matrimonio con una destacada activista liberal. A través de su esposa, Ariadna Tyrkova («una mujer de ideas avanzadas», sentenciaría Buchanan), Williams había entrado en contacto con prácticamente todas las personalidades políticas de Petrogrado: «Era un hombre muy callado —recordaría Arthur Ransome— y extraordinariamente amable. Creo que es imposible que tuviera algún enemigo».<sup>35</sup> Si Knox era el nexo de unión de la embajada con Rusia, y especialmente con su ejército, Williams lo era con la clase política emergente de Petrogrado, los críticos y los reformistas que anhelaban la llegada de un gobierno constitucional moderno.

La oscuridad no tardaría en comenzar a cernirse sobre Hoare. Mientras Alley y sus amigos seguían con su labor secreta, Hoare fue abordado por un representante de la iglesia Ortodoxa que quería que lo ayudara a resolver un problema de escasez de cera para velas. Antes del bloqueo comercial iniciado con el estallido de la guerra, una firma alemana, Stumpf, se había encargado de suministrar anualmente 13,5 toneladas de ese material a las iglesias de Rusia; los políticos podían cortar dicho suministro, pero los creyentes seguían necesítándolo para iluminar sus oraciones. El bloqueo (e, indirectamente, Gran Bretaña)

también era considerado responsable de otro tipo de oscuridades en la vida cotidiana de los rusos. A su debido tiempo, Hoare organizó la llegada de cargamentos de cera al puerto de Arcángel, pero no pudo iluminar a una sociedad entera. Los teatros de Petrogrado estaban medio vacíos, las tiendas tenían un aspecto gris y las conversaciones giraban en torno a las malas noticias y a unas perspectivas todavía peores. «La mayoría de los hombres y las mujeres que habían hecho de la capital rusa un lugar tan brillante durante los años anteriores a la guerra se encontraban en aquellos momentos en el frente —comentaría Hoare—, y para aquellos cuya familia y fortuna tenían sus límites, el entretenimiento resultaba prácticamente imposible.»<sup>36</sup>

Hoare también tenía sus problemas, pues los alquileres habían subido vertiginosamente en los últimos meses. Incluso sir George Buchanan estaba preocupado porque varios miembros de su personal, entre los que figuraban hombres casados con familia, habían optado por alojarse en la habitación de un hotel por no poder satisfacer el pago del arrendamiento de su antigua casa. Los precios de productos básicos habían subido tanto, y en tan poco tiempo, que los diplomáticos se veían obligados a estirar sus salarios; en septiembre de 1916, Maurice Paléologue escribiría en su diario que la madera y los huevos ya costaban cuatro veces más que hacía dos años, y la mantquilla cinco veces más.<sup>37</sup> Cómo se suponía que los trabajadores rusos hicieran frente a todo ello, seguía siendo un misterio. Las largas colas —Hoare hablaría de «mujeres grises»— a las puertas de las tiendas de alimentación habían pasado a formar parte del paisaje en 1916; reinaba tanta hostilidad en el ambiente en general que corrían rumores de que había agentes alemanes encargados de avivar sentimientos antibelicistas entre la multitud.<sup>38</sup> Todo el mundo tenía que aguantarse y conformarse. Hoare contrató a un criado inglés que trabajaba para él todos los días, pero el individuo en cuestión tenía a mano dos libras para poder ayudar, en noches alternas, en las recepciones organizadas por la embajada británica y la embajada francesa.

Ni que decir tiene que todos los países sufrieron durante la guerra, pero parecía que Rusia lo pasaba aún peor. Mientras Londres imaginaba que las dificultades podían superarse con el envío de más armas y el ofrecimiento de un poco más de crédito a la Bolsa de Rusia, en

Petrogrado no hubo nadie que tardara mucho en darse cuenta de que la buena voluntad y las importaciones no eran suficiente. No había nada que funcionara como debía, ni el transporte ni el Estado Mayor del Ejército, ni la política rusa ni la entrega de provisiones de carbón. La maquinaria política se había estancado por completo, sabotada por el zar, por su esposa, la zarina, y por lo que algunos empezaban a considerar una compleja conspiración alemana para socavar los cimientos de la propia Rusia. «No había ninguna voluntad directriz —comentaría un destacado político de la época—, ningún plan, ningún entramado, y no podía haberlo ... La autoridad suprema ... era prisionera de influencias muy dañinas.»<sup>39</sup>

Hoare seguramente se enterara de todo ello a través de los elitistas liberales y los empresarios adinerados que constituían la clase política de Rusia. Como el embajador británico era muy escrupuloso y no solía entrometerse, tuvo que conocerlos con la ayuda de Harold Williams, que se relacionaba con todo tipo de personalidades, desde Mijaíl Rodzianko, presidente de la Duma (el Parlamento ruso), hasta reformistas como Pável Miliukov y Aleksandr Guchkov.<sup>40</sup> Todos contaban básicamente la misma historia. Rusia se dirigía al desastre como un automóvil acelerado dirigiéndose a un precipicio. Tal vez fueran necesarias dos copas de *brandy* para conseguir que un ruso lo dijera claramente, pero lo cierto es que el problema fundamental del país era el zar.

Desde que había asumido personalmente el mando del ejército en agosto de 1915, pasando cada vez más tiempo en su cuartel general cerca del frente, Nicolás II había perdido cualquier aptitud que pudiera haber tenido para ejercer un liderazgo. Ignoraba o despreciaba constantemente a la Duma mientras llenaba la Cámara Alta, el Consejo de Ministros, con gente tan carente de talento que resultaba casi cómica.<sup>41</sup> Hoare sabía de primera mano cómo era el Consejo, pues hacía poco que había asistido a una recepción celebrada en sus dependencias del palacio Mariinsky. Este lugar olía a naftalina y a desesperación, y en un cierto momento, mientras tomaba el té, Hoare se vio arrinconado por un oficial, cuya sordera era tan exagerada, que entendió que el oficial británico era un alemán y empezó a denunciar la perfidia inglesa y a criticar las maneras democráticas de los británicos.<sup>42</sup>



La lista de errores de Nicolás se hacía cada vez más larga. En enero de 1916, el zar había destituido a su primer ministro, Iván Goremykin, de setenta y seis años. Pero el sustituto de Goremykin, Boris Stürmer, era tan reaccionario como su predecesor, e incluso menos eficiente. Stürmer no era del agrado de nadie, ni siquiera de Harold Williams, que lanzó un guante cuando comentó que «sería difícil encontrar en Rusia a un funcionario más corrupto, cínico, incompetente y embustero». <sup>43</sup> «No tenía ni idea de nada de lo que emprendía», recordaría Pável Miliukov. <sup>44</sup> Sin importarle las críticas (o el recelo que provocaría inevitablemente la resonancia alemana de un apellido como Stürmer), el zar puso en manos de su flamante primer ministro las carteras de Asuntos Exteriores e Interior en el verano de 1916. La única cualificación que este individuo parecía tener para el desempeño de esas funciones tan importantes era haber sabido adular a la familia imperial durante su viaje por Rusia con motivo del tricentenario de los Romanov celebrado unos años antes.

La Duma se reunía en el otro extremo de la ciudad, en el palacio Táuride, célebre por sus corrientes de aire. Creada como una concepción tras las revueltas de 1905, seguía pareciendo el ensayo general de un verdadero Parlamento. Su sala de reuniones estaba presidida por un retrato del zar, en el que el emperador aparecía en el curso de un viaje por Italia (ni siquiera por Rusia) y con una especie de sonrisa de desprecio ante un concepto tan «vulgar» como el de democracia. Hoare pudo comprobar que los miembros de la Duma estaban «evidentemente decepcionados y resentidos por lo desesperado de su situación». <sup>45</sup> Se tomaban la política muy seriamente, pero el zar disolvía la Asamblea en cuanto detectaba posturas desafiantes o disidencias. Las últimas elecciones, celebradas en 1912, habían supuesto el regreso de unos pocos marxistas, principalmente miembros del partido menchevique, pero, en su mayoría, fueron rápidamente detenidos o enviados al exilio. Aparte de este grupo, los únicos verdaderamente radicales pertenecían al Partido Democrático Constitucional, los llamados «kadetes» (por las siglas de su partido en lengua rusa, KD). <sup>46</sup> Sus ideas, según el profesor Bernard Pares (un académico que había venido a la ciudad, como sobrino de «C», para efectuar una serie de labores de espionaje extraordinarias), «nunca me parecieron muy distintas

de las que cualquiera podía escuchar normalmente en el Club Liberal Nacional de Londres». El objetivo de Miliukov era conducir a Rusia hacia un régimen monárquico constitucional. En la Petrogrado de 1916, semejante pretensión lo convertía en un agitador.

El número de demandas de la Duma había ido aumentando durante la guerra.<sup>47</sup> En 1915, un grupo de parlamentarios, incluidos los kadetes, había creado un Bloque Progresista en defensa del honor militar de Rusia y de los frágiles derechos constitucionales de su pueblo.<sup>48</sup> En el ala izquierda de la coalición, Miliukov consideraba que Rusia no podía seguir forzando su gobierno en naciones sometidas como los países del Báltico y Polonia. Autonomía e igualdad de derechos, en vez de plena independencia, podían constituir un compromiso aceptable, y en Rusia, por otro lado, había que poner fin a la discriminación que sufrían las minorías religiosas, incluida la judía. Otros kadetes eran partidarios de abordar cuestiones como el sindicalismo y los derechos laborales, la amnistía política y la abolición de la censura cuya actividad impedía incluso que se pronunciaran determinados discursos en la propia Duma.

En su conjunto, sin embargo, el Bloque había sido formado para ganar la guerra y fomentar el comercio, seduciendo a los mercados europeos y proponiendo una regulación más flexible para un sistema saturado de papeleo burocrático. La promoción de la industria y el comercio de su país fue la razón por la cual Miliukov, que siempre había mostrado un interés especial por los Balcanes, decidió abogar por el control ruso de Constantinopla y el estrecho del Bósforo y el de los Dardanelos que conectaban el mar Negro con el Mediterráneo. Sus esperanzas en ese sentido vinieron a inspirar un compromiso obsesivo con la guerra, pero Miliukov sabía perfectamente que la victoria tenía un precio: un año antes, su hijo pequeño había caído en combate en el frente austríaco.

Sin embargo, no era de reformas liberales, y ni siquiera del número increíble de bajas que estaba sufriendo el ejército, de lo que se hablaba en Petrogrado cuando empezaron a caer los primeros copos de nieve en el Nevá en el otoño de 1916. La ciudad vivía atemorizada

por lo que se denominaba simplemente «Fuerzas Oscuras». Los alemanes, se rumoreaba, tenían un pie dentro de la corte; y abrigaban una esperanza: convencer a Rusia de que se retirara de la guerra. Si lo lograban, Berlín podía concentrar a todas sus tropas a lo largo de un único frente y aplastar como moscas a franceses y británicos. Para Rusia, la tentación era, entre otras, poder poner fin al dolor que suponía tanta muerte, aunque el sector de la extrema derecha también veía en todo ello una oportunidad para restaurar un gobierno apropiado (esto es, reaccionario) con la ayuda de oficiales prusianos, ejemplo de disciplina y de orden jerárquico. Las conversaciones iban desarrollándose en secreto, unas veces en Estocolmo y otras en Copenhague.<sup>49</sup> Un hombre de negocios británico llamado Stinton Jones indicó que ese juego era muchos más tenebroso que lo que podían imaginarse los rusos. Los conspiradores, decía, pondrían en marcha una revuelta popular para que Rusia pareciera un país ingobernable. Según lo planeado, semejante crisis serviría de pretexto para la firma de una paz separada con Alemania. A partir de ese momento, sin embargo, Rusia se convertiría en «una nación despreciable a los ojos del mundo», y «cuando llegara la hora de que Alemania despedazara a Rusia, nadie acudiría en su ayuda, de modo que Alemania daría un paso más en su plan de dominar el mundo».<sup>50</sup>

Todos los rumores apuntaban directamente a la emperatriz. Alejandra había nacido con un nombre muy distinto, Alix de Hesse y el Rin, y muchos estaban convencidos de que era una agente de los alemanes. Sir George Buchanan lo descartaba: «No es —escribiría en febrero de 1917— una alemana trabajando para los intereses de Alemania, sino una reaccionaria, que aspira a legar la autocracia intacta a su hijo». Sus intromisiones en los nombramientos de ministros, no obstante, habían convertido a la zarina en lo que Buchanan calificaba de «instrumento inconsciente de otros, que son realmente agentes alemanes».<sup>51</sup> Las voces críticas de los liberales la acusaban de estar detrás del nombramiento de Stürmer, pues no había otra explicación posible. Cuando el halagador Aleksandr Protopopov, otro de los favoritos de Alejandra, fue nombrado ministro de Interior en septiembre de 1916, las sospechas parecieron confirmarse. Protopopov, de quien corrían rumores sobre su salud mental (sufría un desorden ner-

vioso de tipo degenerativo relacionado con una sífilis en estado avanzado), había sido visto conversando con un agente alemán en el curso de una visita reciente a Estocolmo.<sup>52</sup>

En realidad, antes que tramar una conspiración, era más fácil que Protopopov tuviera una visión de Cristo crucificado. Pero había otros agentes del káiser en las dependencias de la zarina. Maurice Paléologue creía que en el movimiento en la sombra había representantes del Santo Sínodo, miembros de la nobleza báltica, grandes financieros y empresarios progermanos. «La razón fundamental —escribiría— es el miedo, el miedo en el que el partido reaccionario se inspira para ver a Rusia en una asociación muy estrecha y prolongada con las potencias de Occidente.»<sup>53</sup> En octubre, el embajador francés pasó una velada con un «funcionario de la corte» que proporcionó más detalles del contubernio que estaba urdiéndose en la corte. «Esa pandilla no se detendrá ante nada —advertía—. Fomentarán las huelgas, los tumultos y los pogromos; tratarán de provocar más agitación social y carestía hasta conseguir que haya tanta miseria y desaliento que la continuación de la guerra sea totalmente imposible.»<sup>54</sup> El informador se había sentido tan atemorizado que no quiso hacer confidencia alguna a Paléologue hasta que se marchó toda la servidumbre.

Parecía que por todas partes había espías. Era casi un reflejo culpar de todos los males a los judíos, un prejuicio ante el que los británicos se mostraban condescendientes al menos con la misma frecuencia con la que lo hacían los rusos. En palabras de George Buchanan, «como grupo, los judíos son progermanos, y resulta fácil atribuirles todos esos rumores que corren con el objetivo de extender los sentimientos de desafección y desconfianza hacia la propia Rusia y sus aliados».<sup>55</sup> Pero no había nada más sobre las continuas conspiraciones convertidas ya en rutina. Como informaba Samuel Hoare a los servicios de inteligencia militar en diciembre de 1916, «la peculiaridad más destacable, única en la historia de Rusia, es que todos los sectores de la sociedad están unidos contra el pequeño grupo, mitad cortesano, mitad burócrata, que está intentando mantener el pleno control del gobierno en sus manos».<sup>56</sup> «Se hablaba abiertamente de un golpe de estado desde palacio —recordaría Buchanan—, y en el

curso de una cena celebrada en la embajada, un amigo mío ruso ... afirmó que la cuestión era simplemente si el emperador y la emperatriz iban a ser asesinados, o solo lo sería esta última.»<sup>57</sup>

La prioridad principal de Buchanan era que Rusia no se retirara de la guerra. Durante las críticas semanas que estaban por venir, cada movimiento sería juzgado por lo que pudiera significar para la campaña de la primavera siguiente, cada nuevo ministro y cada huelga popular valorados en términos de moral militar. Y el panorama cambiaba realmente con mucha rapidez. Primero tuvo lugar la nueva sesión de la Duma, inaugurada el 1 de noviembre de 1916. El ambiente ya estaba muy caldeado, pero los discursos pronunciados en su apertura habrían causado sensación en cualquier época. Aunque no pudo hablarse de él (los periódicos, en protesta, dejaron en blanco el espacio destinado a su contenido), el ataque de Miliukov a la administración zarista no tardó en aparecer citado en todas partes. El líder kadete había enumerado las muchas tropelías cometidas en los últimos meses, haciendo una pausa cada vez que terminaba de hablar de una para preguntar, con repetición teatral, si la Asamblea la consideraba un caso de «estupidez o traición».<sup>58</sup> La respuesta era irrefutable («las consecuencias son las mismas», concluía Miliukov), y el discurso en cuestión provocó la destitución de Stürmer. Como informaría a regañadientes la Okhrana, esto es, la policía secreta imperial, «el héroe del momento es Miliukov».<sup>59</sup>

A pesar de los gestos heroicos que pudieran tener lugar en la Duma, lo cierto es que la inmensa mayoría del pueblo pasaba muchas penurias y se resentía cada vez más del gobierno y del conflicto armado. El invierno de 1916-1917 fue el más duro desde el estallido de la guerra, provocando una grave escasez de alimentos. Primero la inquietud, y luego la rabia, se apoderaron de los obreros de las fábricas que se veían obligados a hacer colas interminables para conseguir productos básicos y tenían que trabajar en medio de un frío gélido: no tardaron en encontrar en la emperatriz y en la guerra la causa de sus males. En una época de inflación, algunos vieron cómo bajaba su salario mientras aumentaba la mano de obra con la llegada de mujeres



inexpertas procedentes de las zonas rurales, unas trabajadoras que no pensaban en negociaciones como habían hecho los delegados de los obreros. Aunque un huelguista podía enfrentarse a una deportación al frente (o a años de trabajos forzados en campos de castigo), el número de huelgas aumentaba a medida que subían los precios, y en muchos casos entre las reivindicaciones figuraban demandas directamente políticas. En octubre, durante una huelga en la planta de la Renault, algunos de los soldados que habían sido llamados para dispersar a los manifestantes cambiaron de bando y abrieron fuego contra sus oficiales. El ambiente estaba tan envenenado que muchos oficiales de caballería, reticentes a disparar contra su propia gente, empezaron a solicitar su traslado al frente para evitar un destino en la guarnición de Petrogrado.<sup>60</sup>

El 26 de diciembre de 1916, Hoare telegrafió un sombrío mensaje a Londres: «Probablemente sea correcto decir que una gran mayoría de la población civil de Rusia está a favor de la paz —decía—. Las condiciones de vida se han hecho tan insoportables, las bajas rusas han sido tan elevadas, las edades y las clases de los individuos obligados a prestar servicio militar se han extendido tanto, la desorganización y la falta de confianza en el gobierno se han hecho tan evidentes que no sería una sorpresa que la mayoría de la gente corriente se aferrara a cualquier acuerdo de paz». En su última frase quiso hacer un énfasis especial: «*Personalmente, estoy convencido de que Rusia no seguirá en guerra durante otro invierno más*». <sup>61</sup>

Antes de que transcurriera una semana, sin embargo, esos pensamientos se vieron interrumpidos por el asesinato de un famoso monje. Rasputín compartía con su protectora y admiradora, la emperatriz Alejandra, el mismo odio del pueblo. Muchos consideraban que el santón simpatizaba con la causa alemana, favorecía la tiranía y permitía que agentes germanos se acercaran a la zarina. También era considerado un tipo disoluto, sucio, manipulador y vulgar. Su asesinato a manos de un pequeño grupo de nobles patriotas, pues, bastó para distraer la atención de cualquier otro asunto por penoso y duro que fuera durante las fiestas del Año Nuevo. Hoare comenzaría su propio informe de diez páginas con una nota de advertencia: «Si parece escrito siguiendo el estilo del Daily Mail —decía—, mi respuesta es que todo

el asunto es tan sensacional que resulta imposible describirlo como se haría normalmente si se tratara de un episodio más de la guerra.<sup>62</sup> Ni que decir tiene que esas cosas no le habrían ocurrido a un pastor anglicano en Chelsea.

Al amanecer del primer día de 1917, la policía de Petrogrado había encontrado el chanclo de un hombre, de pie muy grande, en medio de la nieve a orillas de un ramal del Nevá. El rastro condujo a los agentes del orden a buscar en el río helado, donde hallaron un cuerpo mutilado. Cuando lo sacaron del hielo, descubrieron que el cadáver, enorme y difícil de mover, era con toda seguridad el de Rasputín. El santón había sido envenenado con cianuro, golpeado y había recibido al menos dos tiros antes de que cubrieran su cuerpo de cadenas y lo arrojaran a las aguas heladas. Alejandra, desolada, se puso de luto en cuanto tuvo conocimiento de la noticia. Para el resto de Petrogrado el suceso supuso, a decir de todos, un gran regocijo: «La gente se alegraba mucho cuando se enteraba de la muerte de Rasputín —escribiría Paléologue—. Se besaban unos a otros en las calles, y muchos fueron a encender cirios a Nuestra Señora de Kazán».<sup>63</sup> «Aunque no se puede hablar bien de este suceso —comentaría Hoare en su informe—, al menos en lo que se refiere a la muerte puede decirse que ha sido algo “más que bueno”.»<sup>64</sup>

Lo que Hoare parecía no querer decir era que probablemente sus hombres ayudaran a planear y ejecutar el asesinato del santón. Incluso tal vez fuera Oswald Rayner el que disparó el tiro fatal, matando a Rasputín después de haberlo torturado durante horas para sonsacarle lo que supiera acerca de la influencia alemana en la corte zarista. Se preparó una historia para ocultar la verdad, y el asesinato pasó a ser visto como un acto patriótico exclusivamente ruso, pero hasta Hoare se había dado cuenta recientemente de que miembros de su equipo habían empezado a utilizar el término «liquidar» con una frecuencia alarmante.<sup>65</sup> Como él mismo reconocería, el asesinato ponía de manifiesto lo que podía hacerse, aunque lo que se hubiera logrado con él fuera cuestionable.

En la capital rusa enseguida volvió a respirarse ese ambiente habitual de desaliento e inquietud. En un acto de pura inquina, un puñado de ministros impenitentes prohibió una conferencia del gobier-

no local y organizaciones caritativas que había sido programada para el nuevo año. Las elecciones para el consejo municipal de la ciudad de Moscú fueron descaradamente amañadas. Durante una visita a Petrogrado en enero de 1917, Robert Bruce Lockhart observaría que «el ambiente en la capital era más deprimente que nunca. El champán corría como el agua. El Astoria y el Europa, los dos mejores hoteles de la ciudad, se encontraban llenos de oficiales que habrían debido estar en el frente ... Incluso en la embajada se había perdido toda esperanza, y los ánimos estaban por los suelos. El propio sir George parecía agotado y enfermo».<sup>66</sup>

Después de tener un conflicto con su conciencia, y descatando las normas, Buchanan decidió romper el protocolo e intentó avisar al zar. El 12 de enero, día del Año Nuevo ruso, se dirigió al palacio de Tsarkoe Selo. Anticipándose tal vez a las malas noticias, el zar lo recibió sin la cordialidad habitual. Los dos permanecieron de pie mientras sir George le dijo lo que había venido a decirle: «Le expliqué —escribiría el embajador británico— que no bastaba la coordinación de nuestros esfuerzos si no había en cada uno de los países aliados una solidaridad absoluta entre todas las clases de la población». Nicolás lo escuchó, no dijo prácticamente nada en respuesta y despidió a su visita antes de dejarse llevar por una furia estremecedora.<sup>67</sup> Probablemente la zarina acudiera de inmediato a consolarlo, pues Paléologue se enteró de que Alejandra lo había oído todo a través de una puerta entreabierta.

Sin embargo, Rusia seguía siendo un aliado, y los aliados siempre tienen que hablar. Ya en diciembre, el Estado Mayor de Gran Bretaña, el de Francia y el de Italia se habían reunido en Chantilly para preparar las campañas de la nueva temporada. Por razones logísticas, los rusos no habían podido desplazarse hasta allí, de modo que se acordó que una delegación de las tres potencias occidentales viajara a Petrogrado para mantener las debidas conversaciones.<sup>68</sup> Lord Kitchener, secretario de Estado para la Guerra, habría sido normalmente el encargado de dirigir el programa, y, de hecho, había partido para Rusia el verano anterior, pero pereció en el camino cuando su crucero blindado chocó con una mina cerca de Scapa Flow. Su liderazgo se echó de menos cuando se formó una legación presidida por lord Mil-

ner y el general Castelnau, ninguno de los cuales estaba familiarizado en absoluto con Rusia. La que Hoare denominaría «el arca de Noé aliada» zarpó rumbo al puerto de Romanov (cerca de Múrmansk) en enero de 1917. Tras navegar entre submarinos sin sufrir contratiempo alguno, los miembros de la legación fueron de los primeros en coger el ferrocarril de Murman para llegar a Petrogrado, un viaje de cuatro días de duración.

Lockhart estaba desesperado: «Pocas veces en la historia de las grandes guerras —escribiría— tantos ministros y generales importantes han podido dejar sus respectivos países para cumplir un encargo tan inútil». <sup>69</sup> Con el fin de evitar cualquier posibilidad de que la misión de Milner acabara resultando perjudicial, contaría Hoare, los rusos decidieron impedir que los legados pudieran hacer su trabajo, táctica que comportó una sucesión de cenas, almuerzos, conciertos y bailes: «Carruajes de la corte con caballos hermosamente engalanados y el rojo carmesí y el oro de las libreas imperiales iban arriba y abajo por las calles de la ciudad —recordaría Meriel Buchanan—. Había una fila interminable de automóviles a todas horas del día frente al hotel Europa, donde se habían alojado las legaciones». Hoare convenció al gobernador de Petrogrado de que autorizara a un restaurante llamado El oso a permanecer abierto toda la noche para que los legados pudieran agasajar a sus estrellas favoritas del *ballet* y la ópera: «Los rusos estaban dispuestos a seguir con su hospitalidad hasta agotar el caviar y el vodka». <sup>70</sup> Aunque hubo conversaciones sobre la financiación, las provisiones y los planes para la campaña de la primavera siguiente, lord Milner sería de la opinión de que se hizo muy poco. Los grupos eran demasiado numerosos, el ruido excesivo y en todas las salas de reuniones había habido muchos espías controlando y vigilando.

En febrero, las legaciones extranjeras se habían ido de Rusia. Con el fin de mantener en el más absoluto secreto su partida, se pidió a los delegados que sacrificaran sus zapatos, y los dejaran como de costumbre frente a las puertas de sus habitaciones, en los pasillos del hotel, para que el personal del establecimiento (o los sicarios alemanes) pensaran que seguían allí. <sup>71</sup> Tal vez reconociendo que los acontecimientos lo habían superado, sir Samuel Hoare había preparado también su equi-

paje. Afirmaba haber puesto en pie la misión de espionaje —estaba integrada por diecisiete individuos en el momento de su marcha—, pero una vez más decidió recurrir a su mala salud para poder librarse de una situación que le resultaba difícil e incómoda.<sup>72</sup> Se unió a la legación de Milner en el tren que habría de llevarlos a todos hasta Port Romanov, donde aguardaba un barco de guerra británico llamado *Kildonan Castle*. En el viaje de vuelta a la patria hubo tiempo para pensar. Durante las noches, muchos sufrían sobresaltos provocados por explosiones fantasmas, de modo que preferían distraerse con la preparación de informes. Cuando fueron divisados los promontorios de las Orcadas, la mayoría de los delegados había completado al menos el borrador de un memorándum. El 6 de marzo, lord Milner informó al Gabinete británico de que los rusos eran «de hecho, orientales en gran medida —muy recelosos y a veces de miras estrechas—, pero dispuestos a dejarse guiar por un liderazgo competente».<sup>73</sup> Ese liderazgo podía ser un problema, pero como Milner había garantizado a Lockhart, «en general, por lo que he podido comprobar, la opinión pública informada, tanto aliada como rusa, coincide en que no habrá ninguna revolución hasta después de la guerra».<sup>74</sup>

La partida de la legación dejó a Meriel Buchanan, que se había quedado en Petrogrado, con la sensación de que la escarcha se convertía en helada negra. Sin la distracción (y el champán), resultaba imposible ignorar la tensión social existente. Se decía que Protopopov había ordenado, tal vez después de una de sus visiones religiosas, la colocación de ametralladoras en los tejados de los grandes edificios de la ciudad para sofocar cualquier tumulto popular.<sup>75</sup> Las colas frente a las tiendas eran cada vez más largas, y el número de huelgas parecía aumentar de una semana a otra. En 1916 se habían registrado 243 huelgas políticas en las ciudades de Rusia, pero solo en los meses de enero y febrero de 1917 hubo más de un millar.<sup>76</sup> Desde Moscú, Lockhart informaría de que una gran fábrica de granadas de mano había recibido la cancelación de sus pedidos, «teóricamente porque no iban a necesitarse más granadas de mano, pero en realidad porque el gobierno temía que las organizaciones populares se hicieran con el control de unos artículos tan peligrosos como las granadas de mano para emprender una revolución».<sup>77</sup> Por el momento, sin embargo, un frío

glacial, excepcional incluso para Rusia, parecía haberlo paralizado todo. Con los termómetros marcando 38° bajo cero, nadie se movía para lanzar un explosivo.

En la cálida Londres, mientras empezaban a brotar los narcisos, el comandante y miembro del Parlamento David Davies, otro de los integrantes de la legación de Milner, entregaba su informe al Gabinete británico: «No se cree —decía Davies— que una sublevación popular pueda tener posibilidades de éxito. Lo que puede estallar es una revolución en palacio que desemboque en el derrocamiento del emperador y la emperatriz». El esfuerzo de guerra de Rusia no se vería perjudicado, pues era «probable que un hecho consumado sea aceptado pacíficamente por el país». Eso significaba que los Aliados iban a ganar la guerra; lo que importaba en aquellos momentos era decidir cuál debía ser el siguiente paso. Como advertía Davies, «no cabe la menor duda de que después del conflicto armado los alemanes se esforzarán al máximo para recuperar el dominio del comercio ruso que han perdido temporalmente, y será nuestra obligación hacer las debidas previsiones para desarrollar nuestro propio comercio, y para ejercer la suficiente influencia en los asuntos internos del país ... El progreso del mundo depende en gran medida de que sepamos sembrar las ideas y principios británicos en suelo ruso».<sup>78</sup>